

Radiografía de la región más peligrosa del mundo

CENTROAMÉRICA, LA VIOLENCIA

Texto y fotografías: **UNAI ARANZADI**



Miembros de la mara Salvatrucha arrestados en San Salvador.



Una mujer guatemalteca con sus hijos.

Según la ONU, Centroamérica es la región más violenta del mundo. Conflictos armados no resueltos, condiciones de trabajo inhumanas en las transnacionales, tráfico de drogas y personas, corrupción, expolio de los recursos naturales, la enorme desigualdad existente y un patriarcado feroz son algunos de los factores que han generado el fenómeno de las pandillas conocidas como “maras”.

No es quizá del todo acertada la idea de que, según Naciones Unidas, Centroamérica es la región más violenta del mundo. Analizando la realidad desde el terreno, y con perspectiva histórica, quizá sería más justo calificar a esta sociedad de violentada. Desde el genocidio del mal llamado “descubrimiento”, hasta la instauración del actual neoliberalismo, Centroamérica, y muy particularmente el triángulo que abarca Guatemala, Honduras y El Salvador, ha sufrido lo indecible y no es casualidad que fenómenos ultra violentos aparentemente únicos y desideologizados, como por ejemplo, el de las “maras” (pandillas juveniles con estructuras de crimen organizado), hayan surgido justamente en este espacio y tiempo.

Con la llegada de las guerras en los años ochenta, los niños, los que pudieron, los sobrevivientes, huyeron como refugiados a los Estados Unidos, especialmente a California y a la gran ciudad de Los Ángeles. Allí, despojados de identidad y arrancados del medio rural, se transformaron en adolescentes urbanos, con escasas perspectivas de futuro y sin

ningún tipo de tratamiento psicosocial; mucho menos económico. A la sombra de un garaje, apostados junto a una farola y bajo la placa que da nombre a la calle, crearon “el grupo”, el dan que les daría el anhelado sentido de pertenencia y protección. Para definirse, no necesitaron pensar mucho. El nombre de la pandilla, de “la mara”, vendría dado por el mero letrero que daba nombre al callejón y su ley sería, obviamente, la de la calle. Así, estos muchachos terminarían siendo expulsados hasta convertirse en las estructuras de crimen organizado de hoy.

Pero ¿por qué esos episodios de violencia desmedida? ¿Cómo es que nace y crece de forma implacable esa subcultura de adoración a lo siniestro? Los tatuajes con símbolos satánicos, los códigos de cuernos y mitificación de la muerte están representados de forma desquiciada en su haber colectivo. Para José Heriberto Henríquez, ex miembro de “La 18”, en «la política antiterrorista o contra revolucionaria ejecutada en la etapa de los conflictos» está la respuesta. «Esas cosas de destrozar los cuerpos, arrancarles la cabeza, desmembrar así, de forma tan tremenda, era algo que los militares hicieron en el cam-



Un adolescente de “La18” arrestado por matar a un policía en El Salvador. Abajo, Ceferino de Paz muestra su imagen como guerrillero y Pablo Monsanto, ex secretario general de la URGN.





Los periodistas Miriam y Dick Emanuelsson.



Mujeres lloran la muerte violenta de una compañera en Guatemala. Abajo, Edwin García ante la sede de "Radio Venceremos" en Perkin, El Salvador.



El cuerpo de un chófer que no pagó el "impuesto de guerra" yace tendido en el suelo en Guatemala.

po durante las batidas contra guerrillas en la época de los ochenta». Henríquez se refiere a lo que los soldados guatemaltecos, hondureños y salvadoreños (entre muchos otros) aprendieron en la Escuela de las Américas, un centro de instrucción militar con sede en Estados Unidos y Panamá, creado para entrenar a las tropas de las dictaduras impuestas por la CIA en la práctica totalidad de Latinoamérica. En dicha institución se enseñaban técnicas de interrogatorios y lo que ellos mismos, conscientes de los límites cruzados, tildaron eufemísticamente de métodos coercitivos o persuasivos, concebidos para aplicar específicamente sobre la población civil y, en menor medida —por contradictorio que parezca—, contra los miembros de las guerrillas.

Mauricio Funes, actual presidente de El Salvador con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), señaló en su anterior etapa de periodista que «las maras se nutren de los muchachos que las familias desestructuradas no consiguen proteger». Es decir, la pandilla, "dica" o "mara" es un elemento cohesionador, que les da pertenencia, arraigo e importancia. La "mara" reconoce a la persona del barrio; el Estado, todavía no. La "mara" aporta una aparente seguridad al individuo; el Estado, ni la ilusión de eso. El fracaso del Estado lo asume la pandilla, que asimila sin problemas aplicando, paradójicamente, la misma regla que gusta enunciar a los trabajadores sociales de El Salvador. «No nos importa su pasado» —dice Carlos, un veterano reeducador social de Soyapango—. «Nos importa su futuro». Y para las "maras" es lo mismo, sólo que llevado a sus términos extremos.

Para entender la dimensión e influencia que estas emergentes redes del crimen organizado poseen, basta con observar el acontecer diario en capitales como San Salvador, Guatemala o Tegucigalpa. En estas urbes de pobreza pavorosa, prácticamente cada actividad económica de pequeña y mediana escala contribuye al llamado "impuesto de guerra". Taxis o autobuses, comercios de muebles o puestos de comida ambulante, todos pagan impuestos a las "maras". «A nosotros nos cobran —lamenta Mario Ríos, un joven taxista salvadoreño de la colonia Mejicanos— diez dólares por taxi a la se-



Un miembro de una pandilla llega herido a urgencias del Hospital San Juan de Dios de Guatemala.



Una víctima de una agresión pandillera espera a ser atendido en urgencias en un centro hospitalario de Guatemala.

mana. Existiendo miles de nosotros, tan sólo aquí, en San Salvador, haga usted la cuenta de cuántos miles de dólares sacan estos hijos de puta a la semana».

El proceso de cobro es bien sencillo. «Mandan chavalos muy jovencitos o mujeres con los que le dicen el recado. Tras recibir el papel o aviso, el jefe de nuestra estación les da el pisto (dinero) y, así, hasta la semana que viene. Ahora bien, se nos han dado casos de andar pagando a 'La 18' y, de pronto, recibir un ultimátum de la MS. Si eso te pasa, estás jodido. Tienen una guerra bien tenaz entre ellos». Mario se refiere a las rivalidades territoriales que existen entre las diferentes pandillas, que muchas veces terminan con la vida del ciudadano extorsionado que se encuentra atrapado en medio.

Pero ¿cómo es posible que existan redes de este tipo sin que la Policía y el Ejército consigan desorganizarlas? Según Dick Emanuelsson, un periodista sueco con treinta años de experiencia en la región, «evidentemente hay corrupción y mareros en las fuerzas del orden, pero también hay que tener en cuenta que la inseguridad juega a favor de quien domina», y quien domina es la oligarquía, la clase política tradicional, la fuerza pública y las empresas transnacionales. Emanuelsson y su mujer, Miriam, saben de lo que hablan. En el año 2005 la pareja tuvo que huir de Colombia para salvar la vida



Una bombero voluntaria frente al cuerpo de un hombre asesinado.

tras denunciar la connivencia del narcotraficante metido a político Álvaro Uribe con los grupos paramilitares. En la actualidad viven, codo a codo, con los sectores populares de una humilde colonia situada en el desamparado extrarradio de Tegucigalpa. Para Emanuelsson, y para la práctica totalidad de organizaciones pro derechos humanos de América Latina, la violencia ha aumentado desde que los golpistas usurparon el Gobierno en Honduras, algo que también sucedió durante

las dictaduras sufridas en los países vecinos. «¿Ejemplos?», se pregunta el escandinavo. «Hay muchos... La violencia contra las mujeres ha aumentado. La pobreza ha aumentado. Los asesinatos de sindicalistas han aumentado. La corrupción ha crecido. Y así, sucesivamente, en sentido negativo. Desde el golpe en Honduras, todo ha ido a peor, aunque fuera no se hable de ello».

La violencia en Centroamérica tiene otro rostro no retratado por los grandes



Mujeres "cobradoras" de la mara Salvatrucha arrestadas en San Salvador.

medios de comunicación. Se trata del papel que juegan las empresas transnacionales que operan en la región. Desde la llegada de las bananeras a Guatemala, en los años cincuenta, hasta el día de hoy, corporaciones de todo el mundo atentan contra el medio ambiente, privatizan los recursos naturales y explotan a los trabajadores, especialmente a las mujeres. Tal como apunta la feminista salvadoreña Sandra Guevara, «la violencia acá tiene muchas formas. El machismo y el tráfico

de mujeres para la prostitución es lo visible, lo mediático, pero el sistema económico en el que vivimos incide aún más en la muerte y deterioro de nosotras. Sin embargo, de eso a los mass media no les gusta hablar, porque es abrir el debate del sistema en sí y, claro, es más conveniente dejarlo todo en el plano del machismo».

Partiendo de la experiencia de las bananeras donde las mujeres trabajaban por un plato de arroz, hasta las maquilas de hoy, donde las mujeres tejen sin dere-

chos laborales, existen un sinnúmero de elementos no reconocidos por la prensa comercial con intereses o coincidencias en el sector privado. «Cuando hablan de los asesinatos en Ciudad Juárez o Guatemala, mucha gente se pregunta: ¿Y qué hace tanta jovencita de madrugada sola por las calles? Pues señores, expliquen que van a un trabajo en la maquila (fábrica) que empieza de noche y acaba de noche. Por eso, en el tránsito al hogar, son vulnerables». Sin embargo, Rosa, otra feminista del Frente Nacional de Resistencia Popular (FNRP) hondureño, señala que la prensa y muchas ONGs se equivocan a la hora de definirlos como víctimas. «Las mujeres acá no somos vulnerables. Somos vulnerabilizadas por el sistema capitalista y patriarcal que nos explota».

Recorriendo las barriadas más deprimidas de Honduras (el país más pobre de América después de Haití), las mujeres del FNRP exigen que no se den «ni golpes de Estado ni golpes contra las mujeres», pues, en su opinión, ambos excesos están relacionados. La activista Jessica Sánchez se explica: «Tener frente a mí a un militar armado defendiendo el sistema de la oligarquía es para mí, como mujer, la máxima expresión de la violencia que sufrimos hoy las mujeres en Centroamérica: capitalismo más patriarcal».

En un despacho de Guatemala, Pablo Monsanto, quien fuera jefe de las Fuerzas



Un vigilante privado de Alto Verapaz, en Guatemala.

Armadas Rebeldes (FAR) durante la guerra civil, denuncia que la violencia está íntimamente ligada a la desigualdad, pues Latinoamérica, según informa Naciones Unidas, es el lugar del mundo que más la sufre. «Mucho dinero en pocas manos, y muchas manos con poco dinero». Para el hoy líder del partido Alianza Nueva Nación (ANN), «hay que obtener más recursos en prevención (educación, salud, trabajo...). Ello requiere subir los impuestos a quienes viven en el lujo. La inmensa mayoría de la población gana tan poco que no se le puede pedir nada. La pequeña clase media sobrevive y no puede ahorrar prácticamente nada, pero toda la generalidad del sector privado y las millonarias elites que de alguna manera siguen controlando estos países bien podrían pagar lo que defraudan por evasión fiscal o, simplemente, contribuir de alguna manera por pura justicia social». Entonces queda patente que «la económica es también una forma de violencia clara, aunque no reconocida».

Su compañero de lucha, Ceferino de Paz González, con 35 años de experiencia en la guerrilla Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), añade algo más: «Los gringos de la DEA y el FBI consideran a los pandilleros la mayor amenaza para Centroamérica, pero eluden plantearse por qué surge la pandilla y

de quién se nutre: la miseria. El año pasado, según la ONU, murieron niñitos de hambre», aludiendo también al hecho de que hay «maras» porque hay pobreza y hay pobreza, porque, como apunta Monsanto, «no hay justicia social».

El director de «El Periódico» de Guatemala, José Rubén Zamora, se considera «de centro», pero coincide en el análisis de los ayer guerrilleros de izquierdas. «La exclusión social y el hecho de que la población pobre, aun siendo mayoría, sea marginada de los espacios donde se toman las decisiones es el auténtico fondo del problema. Vale que haya elecciones libres, pero todos sabemos que sin plata, nadie se hace presidente hoy día». Por hablar alto y claro, los oscuros intereses del Estado han intentado asesinar a Zamora «en demasiadas ocasiones». Le han disparado, le han secuestrado e inyectado veneno y le han colocado artefactos explo-

**Multinacionales,
narcos, oligarquías,
militares y maras
se disputan el poder
en Centroamérica**

sivos. «La violencia en este país es bárbara. Al Ejército y la oligarquía clásica se le han añadido factores nuevos como las multinacionales, las maras y el narco. A día de hoy, nadie sabe dónde está el centro de poder real, pues quizá no exista tal y como lo habíamos conocido hasta ahora». La lucha por el territorio, los espacios y la tierra «es por lo que pelean todos».

Las multinacionales ocupan y explotan los territorios de campesinos e indígenas. En el espacio urbano, la fuerza pública compite con las «maras» por apoderarse del monopolio de la violencia, y la oligarquía privatizadora de los espacios públicos se disputa con el narco las fincas o playas que sirven de ruta para la coca. El transportista Edwin García, un retornado del exilio en los Estados Unidos que vivió la guerra en El Salvador «como un niño curioso que servía los cafés en Radio Venceremos» (la radio del guerrillero FMLN), dice que viajando por Guatemala y El Salvador es fácil reconocer que «las causas de las guerras siguen presentes e incluso se han agravado. Prueba de ello es que hoy tenemos más muertos que en el pasado». Para García, se trata de conflictos pacificados, pero no resueltos. «Es verdad que nuestros agotados padres y los compas firmaron la paz que mejor pudieron hacer, pero fue una paz de mierda», lamenta.